

HOGARES ANA G. de MUNDET
BARCELONA

24 Septiembre 1971

Queridos hermanos:

Con hondo pesar y sentido dolor fraterno propio, y de toda la Comunidad Salesiana de estos Hogares Mundet, debo comunicaros el inesperado fallecimiento del querido hermano

**Rvdo. don
Francisco Febrer Morlá**

acaecido el 26 de Junio del presente año.

Una vez más cobra toda su fuerza la advertencia del Señor en su Evangelio:
«¡Estad alerta!»

El 25 de Junio partió con un grupo de hermanos a pasar unos días de descanso en la Colonia de Veraneo que la Excma. Diputación pone a disposición de nuestros muchachos.

¡Qué lejos estábamos de pensar cuantos le vimos marchar contento a la Colonia, que al día siguiente recibiríramos la triste noticia de su inesperado fallecimiento!

Lo que nos consuela, en medio de esta gran pena, es el pensar que el Señor, al llegar de improviso, lo encontró como siempre estuvo: dispuesto a partir a la casa del Padre, ya que toda su vida no fue otra cosa que una alertada vigilia en continuo servicio al Dueño de todo y de todos.

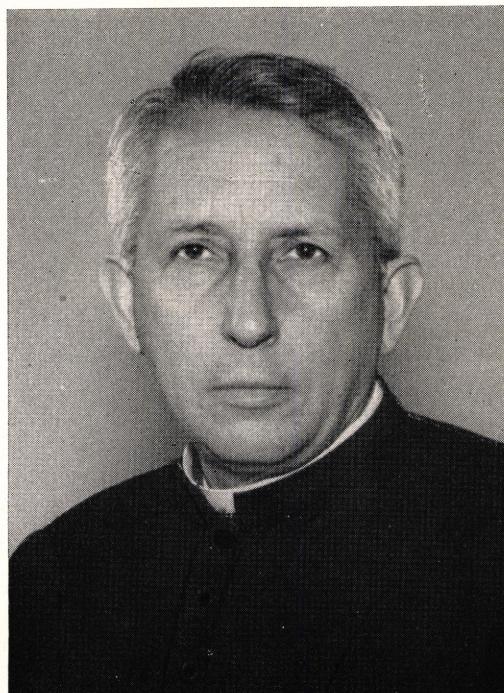
Pienso que esta línea de servicio, limpia y recta, de su vida se completó el día 26 de Junio con la obediencia a la última llamada.

Don Francisco Febrer nació en Ferrerías (Menorca), de una cristianísima familia, el día 29 de Septiembre de 1916.

Aquel cristiano hogar fue el templo verdadero en el que Don Francisco aprendió el espíritu de fe que presidió su vida toda. En el seno del mismo supo oír la llamada de Dios a la vida religiosa. No fue una ilusión pueril e irreflexiva. Tenía 19 años cuando solicitó el ingreso en el Aspirantado Misionero de Astudillo, el 3 de Septiembre de 1935. En marzo del siguiente año hizo por primera vez sus Ejercicios Espirituales, que calaron muy hondo en su alma, según lo atestigua él mismo en su libreta de apuntes espirituales. En esta fecha, y entre otras cosas, anota lo siguiente: «...Cuando encuentre dificultades en mi vocación, acudiré al Señor y a la Santísima Virgen en demanda de auxilio, y recordaré la gran alegría que sentí cuando mi padre me dio el permiso para hacerme salesiano. Estoy dispuesto a sufrirlo todo y a preferir la muerte antes que tener otro amor mayor que el tuyo, Señor...!»

Del tiempo pasado en Astudillo, nos dice nuestro querido Don Tomás Baraut, por aquel entonces consejero de los aspirantes: «Ya desde el principio nos llamó poderosamente la atención entre los demás aspirantes, por su gran piedad, espíritu de sacrificio y total entrega».

La circunstancia histórica de nuestra Cruzada Nacional del 1936 estuvo a punto de romper



para siempre su anhelada trayectoria segando aquella vida joven y prometedora en los frentes de batalla. El 12 de Marzo de 1937 fue llamado a filas, y el 19 de Mayo del siguiente año, en el frente de Teruel, una bala enemiga le rozó el ojo penetrando en el cerebro y saliendo por la parte superior del cráneo.

Pero aquel soldado, desahuciado en el hospital de campaña, no murió ante la extrañeza de los médicos que lo atendieron. Todos: el herido, sus superiores y compañeros de Astudillo lo atribuyeron a una singular protección de la Santísima Virgen que quería conservarlo para grandes obras de caridad, y premiar de este modo a sus cristianos padres que, en Ferrerías (Menorca) atendían, en aquel entonces, a un grupito de salesianos del colegio de Ciudadela, acogidos al amparo de su tranquilo hogar, y compartiendo con ellos el pan y la zozobra de aquellos tiempos de encarnizada persecución religiosa.

A consecuencia de aquella herida, Don Francisco fue declarado inútil total y Caballero Mutilado, pudiendo proseguir con todo, una vez recuperado, sus estudios sacerdotiales.

Terminada la guerra, pasa una temporada a San Vicente dels Horts, y, el 15 de Agosto de 1940, ingresa en el Noviciado de Gerona.

Fue éste un año decisivo de su vida. Su libreta de Noviciado, vista ahora con mirada retrospectiva, aparece como el Evangelio de su espiritualidad salesiana, que él vivió siempre con absoluta coherencia. Es conmovedor leer su petición para ser admitido a la profesión religiosa: «Desde que me hirieron en el frente de Teruel, he experimentado especial dificultad para estudiar. Pero estoy dispuesto a hacer todo lo que, en el Señor, juzguen y tenga a bien mandarme. Prefiero más vivir en el último lugar en la Congregación que vivir abandonado a mi arbitrio.»

A esta petición respondía un escueto informe del que, por aquel entonces, era su Director, el Padre Don Juan Alberto. Dice así: «Excelente joven. Piadoso. Conciencia delicada. Gran espíritu de sacrificio.»

En Gerona hizo también sus estudios de Filosofía, logrando superar, con una gran serenidad y constancia, las dificultades de los mismos, motivadas, en parte, por las huellas que la bala había dejado en su cerebro.

El trienio lo hizo en Pamplona y en San Vicente dels Horts, pudiendo afirmar cuantos lo tuvimos de maestro y asistente, el fuerte impacto que produjo en nosotros su piedad y laboriosidad admirables.

Los estudios de Teología los hizo en Carabanchel Alto (Madrid), ordenándose de sacerdote el 26 de Junio de 1950. De este tiempo nos dirá su Director, el mismo Don Tomás Baraut: «Durante sus años de Teología pude mayormente apreciar su singular fidelidad a la gracia y su maduración en la formación sacerdotal. Hablaba poco, pero hacía mucho y lo hacía bien. Pasaba casi siempre inadvertido, y, sin embargo, inspiraba instintivamente respeto y admiración en todos. Su alma aparecía constantemente diáfana, sencilla, cordial, sin otras pretensiones que las de agradar a Dios y ser útil a los hermanos.»

«El sacerdocio —decía— es una continua inmolación de nuestra voluntad y de nuestra persona para con los demás.»

Sus 13 años de múltiple y eficaz apostolado sacerdotal en estos Hogares Mundet son la más plena confirmación de este aserto suyo, pues se sacrificó hasta lo indecible en favor de esta pequeña ciudad de más de 2.500 almas. Su apostolado era plurivalente y muy denso. Encontraba siempre tiempo para todo y para todos. Con toda puntualidad, Don Francisco daba sus clases, asistía a los alumnos en el dormitorio, paseos y recreos. Atendía espiritual y pastoralmente a los ancianos y ancianas de la Institución, confesaba gran parte de los alumnos y ancianos con incansable celo. Con frecuencia, al retirarse a descansar después de una jornada de agotador trabajo, o a altas horas de la noche, debía atender la llamada de los enfermos y moribundos administrándoles caritativamente los últimos sacramentos. A todo llegaba la gran caridad de este infatigable trabajador y apóstol.

Alma misionera, desde los comienzos de su vocación, había solicitado varias veces ir a países lejanos a sembrar la divina semilla del Evangelio. El 23 de Julio de 1959 recibió orden de preparar

su pasaporte para las misiones del Alto Orinoco (Venezuela), pero la orden de partir no se llevó a efecto. La Divina Providencia le había deparado ya la que había de ser la gran misión de su vida entre estos huérfanos y ancianos de los Hogares Mundet.

En lo tocante a su vida de piedad, fue también ejemplar nuestro querido Don Francisco. A las 6,45 de la mañana se le encontraba todos los días, indefectiblemente, en la capilla de la Comunidad, dispuesto a hacer su meditación, y comenzar así la nueva jornada con renovados entusiasmos. A continuación solía rezar el breviario, hacer su confesión semanal o atender a las confesiones de alumnos y hermanos que lo teníamos como confesor ordinario. Entre clase y clase, acostumbraba hacer alguna visita al Santísimo acompañado con frecuencia de algún grupito de niños. Al caer de la tarde, se iba a la capilla a rezar la última parte del breviario. Antes de retirarse a descansar, acostumbraba hacer una media hora de oración personal ante el Sagrario.

El último año de su vida, pidió a los superiores, y lo obtuvo, hacer los Ejercicios Espirituales de un mes de duración en Pedreña (Santander), para aprender —según él decía— a orar mejor, y a vivir más intimamente unido a Dios en medio de su agobiante y multiforme apostolado sacerdotal.

Ante una labor tan ingente desarrollada por este salesiano sencillo y humilde, que quiso vivir siempre en el último lugar, no es extraño que algunos miembros de la Comunidad bromearan sobre los numerosos y posibles sustitutos que serían menester para cubrir el puesto y la vacante de Don Francisco.

¿Y qué decir de su profunda y sentida humildad? ¡Vivir en el último lugar! Ese había sido su deseo al ingresar en la Congregación Salesiana. Y ocupó ese lugar, precisamente, que el Señor indica en su Evangelio para quien quiera ser el primero en su Reino. El puesto de mayor servicio a los demás. Y así, queriendo servir, estuvo siempre en la más clara posición de vanguardia, al servicio de los más sencillos, de los más pobres y abandonados. Desarrolló su apostolado salesiano en varias casas hasta que encontró la suya: LA CASA DE CARIDAD para la que parecía hecho de encargo. Y aquí realizó toda su ingente obra de caridad cristiana con la sonrisa en los labios y... ocupando siempre el último lugar!

Conociendo sus limitaciones, y aceptándolas con sencillez evangélica, sin complejos existenciales de ningún género, se lanzó a hacer el bien, a darse a los demás en cuerpo y alma, y esto sin darse importancia, con la serena seguridad y firmeza del auténtico hombre de Dios.

Pero quien quiso siempre el último puesto y lugar para sí mismo, se ganó el primero en el unánime aprecio de sus hermanos de Religión y de toda la compleja y numerosa familia de estos Hogares Mundet.

Queridos hermanos: mientras lamentamos esta gran pérdida para la Congregación y para esta Casa, pedimos a Dios que su recuerdo perdure entre nosotros como modelo de celoso sacerdote y ejemplar salesiano, y nos depare muchas vocaciones de este templo.

Como justa correspondencia, rogamos a los hermanos un recuerdo en sus oraciones por el eterno descanso del alma de nuestro querido Don Francisco.

Vuestro afmo. en Don Bosco

JOSE M.^a PECIÑA

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

—Sacerdote Francisco Febrer Morlá. Nació en Ferrerías (Menorca-Baleares) el 29 de Septiembre de 1916. Falleció en Barcelona el 26 de Junio de 1971, a los 54 años de edad, 30 de profesión y 21 de sacerdocio.

